

En estos tiempos confusos, pero prometedores, de un arte en búsqueda de identidad, cuando nos enfrentamos con un rechazo casi total de todo aquello que constituyó en su día la norma incuestionable, el canon indiscutible del quehacer artístico, tan universalmente aceptado que, en el caso de la arquitectura, llegó a utilizarse el término "estilo internacional", conviene quizás hacer un alto en el camino y analizar con mesura e imparcialidad los orígenes, las causas, la razón de ser todo un movimiento que, sin lugar a dudas, constituyó una respuesta contundente y eficaz a un nuevo orden de cosas que exigía nuevos enfoques a todos los niveles de la actividad humana. Este análisis, este examen ponderado de lo que ahora rechazamos, podría ayudarnos a desbrozar nuevos caminos, nuevas rutas, nuevas maneras de hacer y expresar nuestra hábitat y su entorno, acorde con las necesidades y valores de nuestra especial idiosincracia cultural así como de los requerimientos específicos sociales y económicos de nuestro tiempo.

Es oportuno partir, primeramente, de una premisa fundamental, que aunque puede parecer discutible, constituye una norma invariable a través de toda la historia del quehacer artístico del hombre. La expresión artística no es producto de la casualidad, sino más bien resultado de la causalidad. Y esto es así porque el hombre resulta ser la única especie viviente que se siente impelida a actuar no por instinto, sino más bien a partir de determinados esquemas preestablecidos de carácter socio-cultural. El hombre parece no tener otra alternativa, su pensamiento necesariamente precede a su acción. Sus expresiones son producto de una singular manera de visualizar, de conceptualizar, el universo que le rodea. Y esta visualización, esta conceptualización, es resultado de su particular percepción de un conjunto de factores físicos, sociales, económicos, culturales y tecnológicos que le rodean, y que

constituyen una especie de secuencia histórica que moldean su conocimiento, su sentimiento y su pensamiento. Como bien dijo ese gran filósofo español Ortega y Gasset, "el hombre ha trascendido la naturaleza... el hombre es historia."

Así vemos cómo, a través de la evolución de la raza humana, las grandes realizaciones y la obra civilizadora del hombre en distintas épocas de la historia dan fe de su especial manera de ver el mundo, en ese momento dado de su existencia, y en esa especial coyuntura de la aventura humana. Podríamos dividir y clasificar los grandes períodos históricos del género humano en concordancia con sus específicas visiones del mundo en diversas épocas. Así, toda la prehistoria corresponde a lo que podríamos llamar una cosmovisión mágica; el período de surgimiento de las primeras grandes civilizaciones, particularmente en la Mesopotamia y el antiguo Egipto, se rige por una cosmovisión pluriteísta; luego cambia radicalmente la manera de ser del hombre con el advenimiento de la cosmovisión monoteísta; más adelante todo el pensamiento y la acción del hombre son determinados por su cosmovisión cristiana; luego sucesivamente, y con gran rapidez, el mundo ha pasado por las cosmovisiones burguesa (a partir del Renacimiento), industrial (en el Siglo XIX), y científica y tecnológica (en el Siglo XX). Cabe señalar, en este sentido, que a mayor aceleración en la modificación de las cosmovisiones, mayores y más rápidos han sido los cambios en el tejido social y el comportamiento del hombre.

Sería preciso observar, en este sentido, que de la cosmovisión mágica al pluriteísta se sucedieron decenas de miles de años en la existencia del hombre. Desde ese punto de vista la cosmovisión monoteísta se tardó miles de años, igualmente que de la monoteísta a la cristiana. Pero luego, de la cristiana a la burguesa, se llegó en algo más de un milenio. Posteriormente se tardó sólo unos siglos en llegar a la industrial, y sólo décadas en alcanzar la científica-tecnológica. Hoy día se afirma que el conocimiento del hombre se duplica cada diez años, por lo cual es evidente que las nuevas cosmovisiones se sucederán con gran rapidez.

Obsérvese, por otra parte, que las expresiones artísticas del hombre corresponden también nítidamente a estas maneras de pensar a través de la historia. El arte rupestre de las cavernas, los dólmenes y menhires, Stonehenge, los zigurats, las estatuillas sumerias, la puerta

de Ishtar en Babilonia, los colosales monolitos y templos de los egipcios, las catedrales góticas, el arte de Giotto, el genio de Miguel Angel y Leonardo Da Vinci, el cubismo, el edificio Seagram, todos corresponden a una particular manera de visualizar el mundo en un momento dado de la historia.

Ahora bien, cabe preguntar en este momento, ¿cómo se producen estos cambios en la forma de pensar el hombre? ¿Qué factores influyen para que el ser humano modifique fundamentalmente sus patrones de comportamiento y su manera de enfrentarse con la naturaleza y el mundo que le rodea? Desearía proponer, en este sentido, una hipótesis que se fundamenta en ciertas realidades históricas que invariablemente producen cambios cíclicos en los patrones culturales, los cuales determinan modificaciones sustanciales en las relaciones del hombre con la naturaleza y con sus semejantes. Existen los que podríamos llamar períodos de síntesis y períodos analíticos de la historia. Los primeros constituyen la expresión de todo un "ethos" cultural conformado por un conjunto de costumbres, ideas, creencias, métodos, organización, conocimientos, actitudes, técnicas, etc., que utiliza el hombre como instrumentos para encarar su medio ambiente, sobrevivir y progresar. Cada una de las cosmovisiones anteriormente señaladas toma lugar precisamente en uno de estos períodos de síntesis, durante los cuales el hombre tiene una clara y definida visión de sí mismo y del mundo que le rodea.

Durante los períodos analíticos de la historia, sin embargo, se suceden, de una manera aislada y sin concatenación ni coherencia, una serie de eventos, descubrimientos y cambios en la estructura y organización social, que van creando nuevas consecuencias ambientales. Estos cambios tienden, primeramente, a sorprender y confundir a la raza humana, producen luego un rechazo de los viejos valores, normas, ideas y costumbres... es decir, de la cosmovisión vigente, y finalmente crean la necesidad sentida de la adopción de un nuevo conjunto de valores y una nueva conceptualización del universo, dando lugar a un nuevo período de síntesis.

Para ejemplificar este proceso podríamos analizar muy rápidamente los factores causales de la nueva cosmovisión burguesa en el período del Renacimiento. Durante varios siglos a partir de la Edad Media, durante la cual predominó la cosmovisión cristiana, fueron

ocurriendo los siguientes cambios en el contexto de las sociedades vigentes: una rápida urbanización, con el advenimiento de ciudades cuya estructura y organización social se comienzan a semejar a las actuales; la gradual eliminación del sistema feudalista rural; el advenimiento de un sistema social basado en la especialización de labores; la pérdida progresiva de autonomía familiar e individual y la creciente interdependencia de grupos; el surgimiento de asociaciones artesanales; la modificación de los métodos de intercambio; la vigencia de una mayor libertad de expresión; cambios radicales en las esferas del poder político, económico y social. Estos factores, y otros que sería prolijo señalar, dieron lugar finalmente a un nuevo estado de cosas que produjo la necesidad de nuevas formas de encarar el medio ambiente y nuevas maneras de establecer y manipular las relaciones humanas. A la postre, una nueva clase de intelectuales, mercaderes y artesanos, con mentalidad urbana, produjeron el nuevo conjunto de valores, costumbres, métodos y técnicas, cuyo resultado es en esencia la nueva visualización del mundo y del hombre frente a ese mundo que hemos dado por llamar el Renacimiento.

Este proceso, que hemos descrito tan brevemente para el caso de la época renacentista, ha tomado lugar invariablemente cada vez que el hombre ha entrado en una de sus grandes épocas de síntesis. Obsérvese, por otra parte, que siempre viene precedido de un rechazo de los valores tradicionales y de una actitud de rebeldía y confusión frente a las estructuras vigentes y las normas previamente aceptadas.

En concordancia con este orden de ideas habría que admitir que en este preciso momento de nuestra historia estamos frente a un período analítico, en el cual se comienzan a rechazar los valores que surgieron como resultado de esa sociedad mecanicista, positivista, materialista y pragmática que engendró la revolución industrial. Es por esto, y no por un capricho banal, que estamos ensayando con conceptos historicistas y románticos, en un quehacer artístico, particularmente en el campo de la arquitectura, al cual le hemos dado el sobrenombre de "post-modernismo". Constituiría, desde luego, tema suficiente para otro trabajo el analizar si este constituye un estilo válido y perdurable, o si no es más que producto de un rechazo de lo anterior y una búsqueda confusa de una nueva síntesis. Esta última aseveración, sin embargo, encaja con una lógica contundente si aceptamos las premisas

previamente esbozadas en torno a los ciclos de la historia. Habría, pues, que concluir afirmando que estamos inmersos en un período de transición, y que corresponde a esta generación, como diría ese gran historiador Arnold Toynbee, el desafío de crear una nueva sociedad, con nuevos valores y nuevos instrumentos intelectuales y expresivos para afrontar y acometer de nuevo el proceso civilizador.

Pero volvamos a nuestro tema. El Siglo XX ha producido, sin lugar a dudas, una radical revolución artística, imprimiendo un sello característico en todas las realizaciones del hombre, ya sean arquitectónicas, literarias, pictóricas, o de cualquier otra índole. ¿Cómo nace y evoluciona este nuevo quehacer artístico? ¿De dónde se nutre y conforma su filosofía?

Sin lugar a dudas, el factor fundamental que constituyó la causa determinante de todas las características de la época moderna, fue la revolución industrial. A partir de ella, y como consecuencia lógica del nuevo escenario que se le plantea al hombre como resultado del uso de las máquinas para la producción en masa de artículos y productos de consumo básico, se presenta lo que podríamos llamar momento analítico de la historia, durante el cual se suceden vertiginosamente un cúmulo de problemas y cambios sustanciales en el contexto social, que conllevan, a la vez que grandes oportunidades de progreso, una progresiva pérdida de los valores tradicionales.

Los principales cambios se relacionan con la adopción de nuevas técnicas constructivas y de producción, nuevos materiales industrialmente manufacturados, la necesidad desmesurada de mano de obra para el funcionamiento de las nuevas maquinarias y el consecuente crecimiento inusitado de las áreas urbanas, producto de la enorme proliferación de nuevos empleos en las ciudades.

Por otro lado, y como contraparte a estos cambios, la producción agrícola se tecnifica y se industrializa, produciéndose mucho menor necesidad de mano de obra en el campo, coadyuvando al éxodo hacia las ciudades. Este proceso culmina con una estructura agraria de los EE. UU., por ejemplo, donde el 3% de la producción produce alrededor del 50% de los alimentos del mundo, en términos absolutos.

Los cambios en el contexto social y en el estilo de vida se aceleran de manera progresiva, produciéndose finalmente una nueva cosmovisión que conceptualiza la vida como permanente cambio y constante etapa

transicional. Por otra parte, las formas y técnicas tradicionales utilizadas por el hombre para la construcción y manipulación de su hábitat ya no son los suficientemente eficaces. Resulta imposible, por ejemplo, proveer de viviendas adecuadas a las grandes masas de obreros radicadas alrededor de las fábricas con los sistemas tradicionales de construcción, con ladrillos y canterías de piedra, y con el uso de cánones estéticos basados en los ordenes clásicos.

Por otra parte, en un medio cada vez más dinámico en sus cambios, de repente parece absurdo expresar artísticamente el contexto humano con la estabilidad y equilibrio que reflejan actitudes provenientes de creencias y tradiciones basadas en valores absolutos y permanentes. Es así como, desde el punto de vista filosófico, podemos interpretar el arte moderno como un arte efímero, de transición, de liviandad, de transparencia, sin presunción alguna de describir o presentar la aventura humana en términos absolutistas. Este punto de vista es el que da lugar, por ejemplo, a la visualización de los temas pictóricos desde varios puntos de vista simultáneamente, característica predominante del cubismo. Esto explica también el rechazo de la simetría, a veces hasta del equilibrio como norma estética fundamental. Esto da a lugar, asimismo, a los efectos ópticos del surrealismo, en el cual la realidad se desvanece en un contexto visual que evoca más bien la ausencia de los tradicionales conceptos de espacio y de tiempo. Esta nueva actitud artística parece tener su culminación en los movimientos de "pop-art" y "op-art", pero sobre todo en los recientes ensayos en el arte del "performance".

Si comparamos este nuevo quehacer artístico con las creaciones de un Giotto, de un Velázquez, de un Rafael, podremos palpar de inmediato la enorme diferencia que existe entre la conceptualización del mundo vigente en esos tiempos, en contraposición a la nuestra. Y podemos ver claramente, por otra parte, cómo se refleja esta diferencia en las expresiones artísticas de cada época.

En el caso de la arquitectura resulta mucho más palpable aún la relación del quehacer artístico con la nueva cosmovisión. A partir de la BAUHAUS surge una nueva generación de arquitectos que rechaza totalmente el neoclasicismo del Siglo XIX y trata de crear una nueva arquitectura, más utilitaria, más práctica, más auténtica, basada en el uso racional de los nuevos materiales de manufactura industrial, y en

nuevas técnicas constructivas, y con una visión cada vez más arraigada del fin social inmanente de la arquitectura. Así surgen, en el Siglo XX, el neo-plasticismo, con su insistencia en la simplicidad y el movimiento; el funcionalismo, apegado rabiosamente al concepto de "la forma sigue la función"; el racionalismo, con su gran énfasis en la autenticidad y el uso adecuado de los nuevos materiales. Todas las demás tendencias - organicismo, estructuralismo, neo-brutalismo, etc,- no son más que vertientes ligeramente divergentes de la misma mentalidad pragmática, positivista, mecanicista y materialista de la nueva cosmovisión industrial.

En el caso de la pintura la nueva visualización del mundo también establece patrones diferentes del quehacer artístico. El primer gran movimiento que se aparta del academicismo vigente en el Siglo XIX es el impresionismo. En ese momento de la historia ya se había producido una serie de cambios que exigían un enfoque expresivo diferente. Podríamos enumerar algunos de ellos y ejemplificar cómo influenciaron el movimiento artístico:

El hombre no considera ya el universo como una entidad estática con valores absolutos, por tanto la simetría y la rigidez pictórica pierden su importancia y se pone mayor énfasis en el movimiento y la transitoriedad.

El orden divino y su predominio sobre las actividades humanas pierden alguna vigencia, reorientándose la atención del hombre hacia las trivialidades de la existencia humana y los valores materialistas.

Se considera la percepción visual, y muy especialmente el color, como una manifestación de la luz en sus diversos matices.

Más adelante, a medida que los procesos industriales y tecnológicos, así como la ciencia, avanzan a pasos agigantados hacia un progreso que parece prometer el dominio absoluto del hombre sobre su medio ambiente, continúa modificándose la conceptualización del hombre sobre el mundo que le rodea, produciendo los siguientes cambios:

Se toma consciencia de la relatividad de los sucesos acorde exclusivamente con las características perceptivas del espectador, sus actitudes y su posición con relación a los mismos.

Se descarta la noción de espacio y tiempo como dos entidades separadas, dando lugar al concepto de la llamada cuarta dimensión, espacio-tiempo.

Pierde sentido la noción del arte como instrumento descriptivo o anecdótico, tomando vigencia un concepto del arte como expresión pura.

Parece evidente que estas nuevas maneras de pensar y de visualizar el entorno fueron expresadas principalmente por el cubismo y el surrealismo, dos de los grandes movimientos pictóricos de nuestro siglo.

De esta manera, alternando sucesivamente los períodos analíticos de la historia con los períodos de síntesis, el hombre ha ido conformando sus ideas y sus mecanismos de adaptación y dominio. Algunos analistas sociales y filósofos, como Hegel, Marx, Van Loon, le han llamado a estos patrones de comportamiento cíclico por diversos nombres, como la ya famosa designación de tesis, antítesis, síntesis.

De cualquier manera que los cataloguemos, sin embargo, y con cualquiera de las actitudes filosóficas que los enfoquemos -económica, social, materialista, cristiana, trascendente- es un hecho incontrovertible que el hombre responde y actúa generalmente embuído de una peculiar y particular forma de pensar en torno al ambiente que le rodea, y que su especial estructura intelectual, efectiva y filosófica en un momento dado de la historia, determinan su forma de expresión. En este sentido, no puede haber la menor duda de que la forma contemporánea de expresión ha sido generada por una cosmovisión positivista, materialista, tecnológica, científica, e industrial.

Sería muy arriesgado, desde luego, predecir qué forma tomará de ahora en adelante la expresión artística. Pero podríamos coleccionar por algunas tendencias del momento las nuevas formas de pensar que transformarán inevitablemente el arte.

De una sociedad altamente industrializada, pasaremos sin duda a la llamada por Alvin Toffler sociedad post-industrial, altamente automatizada, con una marcada sofisticación tecnológica, donde los mecanismos y procedimientos de la informática regirán nuestro mundo.

De acuerdo con las "mega-tendencias" de John Naisbit, por otra parte, la industria se desplazará al tercer mundo, las fronteras nacionales se irán esfumando cada vez más, las universidades perderán su rol de capacitación, entrenamiento o investigación en muchos campos del conocimiento humano, las multinacionales constituirán la esencia de la estructura económica mundial y las ciencias de la comunicación imperarán en las relaciones humanas.



Se irán cuestionando cada vez más, por otra parte, los valores materialistas, centrandó el hombre su cosmovisión en el poder mental y en su capacidad para el dominio de sí mismo.

El horario de trabajo disminuirá progresivamente, produciendo horas de ocio adicionales que estimularán al hombre a una mayor introspección y a la proliferación de los servicios relacionados con la recreación, la salud y la educación, en todas sus formas.

Estas nuevas tendencias, que conforman en conjunto un nuevo período analítico de la historia, producirán finalmente la nueva síntesis del hombre, la nueva era que todos esperamos con ansiedad, y por ende, finalmente, la nueva expresión artística.